

extranjeros con un ejército nacional, contribuyeron á la emancipación de los siervos, retuvieron en Dinamarca las enormes sumas pagadas antes á aventureros de otros países y quitaron á la aristocracia un arma frecuentemente empleada contra el soberano. “ La aristocracia, decía Saint Germain, ha desaparecido sólo aparentemente. La nobleza reina todavía, y, temerosa de que el rey aumente su poder en el interior si se hace temer en el extranjero, se opone á que haya un ejército : el que hoy tenemos no es más que un simulacro. El ascendiente de la nobleza en el estado depende del dominio que aun conserva en sus tierras. Los gentileshombres son unos tiranuelos con más trazas de tributarios que de súbditos, y los reglamentos de la milicia han sido los medios empleados para establecer ese poder. La milicia, inútil para defender el reino,

les es necesaria para oprimir al pueblo é impedir la formación de un ejército. A esto se debe que la infantería se reclute á gran costa entre los desechos de Alemania.” Y obrando de acuerdo con sus palabras redujo la guardia real, destruyó las fortalezas inútiles, estableció los enganches voluntarios y creó un verdadero ejército. El pomerano Kœller con la naturalización¹ recibió el grado de general ; Kleist, poeta y militar prusiano, se distinguió en las filas dinamarquesas ; y el alemán Huth perfeccionó la artillería y dirigió las defensas de Noruega.

De Alemania recibió Dinamarca á Klops-

¹ La naturalización que confiere el *indigenato*, es decir, los mismos derechos que disfruta el indígena, la concede una ley votada por las dos cámaras del Rigsdag ; pero con el *animus commorandi* únicamente, obtiene el extranjero la calidad de *súbdito* que, después de dos años de residencia en el país, impide expulsarlo ó acceder á su extradición.

tock que, pensionado por Federico V, concluyó la *Mesiada* en Copenhague; al botánico Ceder, autor de la *Flora Danesa*; al predicador Cramer y á los historiadores y economistas Kratsenstein, Basedow, Elias Schlegel y Karstens Niebuhr. De Suiza fueron Andrés Roger, que hizo los mejores trabajos de estadística, y el historiador Mallet; y de Francia, Jardin, arquitecto de la corte y profesor de la academia de Copenhague, que construyó la Iglesia Real, una sala de Christiansborg, los palacios de Bernsdorf y de Amaliegade y la residencia del conde de Moltke; Lamoureux y Saly, que hicieron las estatuas de Cristiano y de Federico V; los grabadores Roques, Guitair y Boudan de Chomond; y los pintores Le Prieur, Barbette, Briaud de Crèveœur, D'Agar, Rigaud, Coiffre, Detroy, Tocqué, Fournier y Bois-Clair.

Un país como Holanda perpetuamente disputado por la voluntad humana á la fatalidad de los elementos, parecería destinado á no conocer otros habitantes que los ya habituados desde la infancia á contemplar un cielo nebuloso, y un sol incapaz de calentar una atmósfera de brumas. Y sin embargo, en esa región arrancada á las tempestades y al océano por el genio de un pueblo obstinado en poseerla, ha sucedido lo contrario. “El suelo, el clima, la naturaleza, el aspecto de la tierra y la manera de vivir ejercen tan poderosa acción sobre los hombres de las naciones extranjeras que la guerra, la colonización, el tráfico y el atractivo de la libertad conducen á Holanda, que una asimilación más rápida que en cualquiera otro lugar del globo se produce. Belgas, alemanes, polacos, venecianos, judíos se penetran al cabo de muy poco tiempo

de lo que podría llamarse la savia holandesa, sin que la virtud nacional sufra por eso ninguna alteración."¹

Y la influencia extranjera se pierde allí en la época fabulosa en que los bátavos y frisones, salvajes é indomables, atraían ya á otras razas de hombres libres; reaparece con el misionero Wolfram y el pastor de la Germania Winfried que fueron á predicar el Evangelio á las multitudes idólatras, y continúa con Carlomagno que arrastró á la Frisia en la corriente de la civilización cristiana. En medio de las discordias civiles que conmovieron el siglo XIII recibió Holanda, en la comitiva de una princesa angevina, á los *rederykers* ó cofradías de improvisadores y cómicos ambulantes cuyas reuniones fueron el origen de las academias

¹ D. Stern, *Histoire des Commencemens de la République aux Pays-Bas.*

y teatros. Las primeras ideas de la religión reformada las llevaron los soldados extranjeros de Carlos V y los negociantes franceses, suizos, dinamarqueses y alemanes que traficaban con Amsterdam. Cuando los *gueux des bois* y los *gueux de mer*, blandiendo sus teas ó llevando en sus esquifes la devastación á las costas de Zelandia, abrieron la gran lucha que debía asegurar la independencia de las Provincias Unidas, la protección de Francia y los auxilios de Inglaterra coadyuvaron á la noble tarea de Guillermo el Taciturno, de Barneveldt y de Mauricio de Nassau. Y más tarde, en el injusto duelo provocado por la ambición de Luis XIV, la heroica abnegación del francés Fariaux y de los generales alemanes Waldeck, Wurtz y Schulenburg, ayudó á la República à mantener su patrimonio de gloria y su fiera independencia.

La ciencia neerlandesa que evoca los grandes nombres indígenas de Grotius y de Spinoza¹, se ilustró con los de Wyttenbach, Bayle, Basnage, Jurieu, Saurin y La Chappelle; y el arte halló en Testelin, Parmentier, Marot, Chevalier, Picart, Thibault, Verly, Nieuwerkerke y Michaut almas apasionadas de belleza y henchidas de inmortal esperanza.

Sin la Conferencia de Londres y la intervención armada de Francia, ¿qué hubiera sido de los patriotas que en 1830 destruyeron la obra de la Santa Alianza para

¹ Grotius, perseguido en su patria, se naturalizó en Suecia y durante diez años fué embajador de su país adoptivo en París, y Spinoza, aunque nacido en Amsterdam, pertenecía á una familia de judíos portugueses refugiada en Holanda.

La nacionalidad holandesa adquirida después de seis años de residencia en los Países Bajos, ó sin este requisito cuando se han prestado servicios excepcionales, confiere todos los derechos civiles y políticos. *Ley del 29 de julio de 1850.*

fundar el nuevo reino de Bélgica? Esa misma revolución de 1830, ¿hubiera podido consumarse si el régimen político de Napoleón I no hubiera transformado la antigua sociedad de los Países Bajos? “En esos países la ocupación francesa, no fué un episodio sin consecuencias, sino un cambio profundo que despejó el terreno en que debía elevarse el edificio político del siglo XIX.”¹ Así, la nacionalidad belga, preparada por las ideas y los códigos de Francia, pudo triunfar definitivamente con Talleyrand en la conferencia de Londres y con el mariscal Gérard bajo los muros de Amberes.

Pero sin un ejército nacional para seguirla sosteniendo y una hacienda capaz de subvenir á las nuevas necesidades, la independencia recién adquirida hubiera sido

¹ Ch. Seignobos, *Histoire Politique de l'Europe Contemporaine.*

aniquilada por las potencias que en el congreso de Viena habían dispuesto de los pueblos, repartiéndoselos como botín del vencedor. Entonces fueron á Bélgica oficiales y hacendistas franceses que, con la rapidez que los sucesos exigían, crearon el ejército y dieron á la hacienda una organización metódica y regular. Los servicios de esos oficiales no es menester recordarlos, ¿qué belga olvidará nunca la conducta del capitán Niellon en las jornadas de setiembre ó la del general Chazal, varias veces ministro de la guerra, y “militar famoso por su abnegación caballeresca y su fidelidad á toda prueba.”¹

En el momento decisivo de la lucha con los holandeses, el 24 de setiembre de 1830, la comisión central que reasumía todos los

¹ Th. Juste, *Léopold I et Léopold II.*

poderes, nombró á don Juan Van Halen¹ comandante en jefe de las fuerzas de Bélgica, y, al cabo de tres días de sobrehumanos esfuerzos y de prodigios de audacia, el intrépido español daba este aviso á la comisión: “¡La heroica Bruselas es libre, nuestros valientes ocupan el parque y todas las puertas de la ciudad!”²

La filiación extranjera³ no ha impedido al general Skrzynecki mandar en jefe el

¹ Van Halen nació en 1790 en la isla de León. Entró en la marina á los quince años y asistió á la batalla de Trafalgar. Admitido después en el ejército como oficial, tomó parte en la guerra de la independencia. En 1836 venció á los carlistas en Navarra. Capitán general de Cataluña en 1840, y, por último, presidente del Tribunal supremo de guerra y marina hasta 1856, fecha en que se retiró á la vida privada.

² Th. Juste, *La Révolution Belge de 1830.*

³ En Bélgica la naturalización simple no confiere al extranjero más derechos que los civiles y algunos de los políticos, al paso que la gran naturalización le acuerda los mismos derechos que al indígena; pero esta clase de naturalización la ley de 1835 sólo la concedía por servicios eminentes prestados al país y pocos eran, por consiguiente, los que podían obtenerla. Otra ley, promul-

ejército; al príncipe de Chimay distinguirse en la diplomacia; al barón de Selys-Longchamps figurar en las cámaras y al economista Jobard, al filólogo Scheler, al historiador Gachard, al profesor Baron y á los artistas Kuhnen y Thomas obtener las recompensas debidas á sus aptitudes y talentos.

Pero á nadie deben los belgas lo que á su primer soberano. Leopoldo I, alemán de nacimiento, general ruso en 1808 y na-

gada el 6 de agosto de 1831, ha facilitado la manera de alcanzar esa naturalización privilegiada, y las razones que se alegaron para pedir á las cámaras esta innovación fueron: "que muchos extranjeros establecidos en el reino y dignos de obtener la calidad de belgas por completo, estaban imposibilitados de adquirir la gran naturalización con detrimento de los verdaderos intereses de Bélgica; que si el nacimiento era indicio de apego a un país, con mayor motivo debía presumirse la adhesión del hombre al suelo en que libremente se establecía, y, en fin, que perpetuar una clase de ciudadanos incompletos, de *cives sine suffragio*, era contrario á la justicia y á las ideas de igualdad de nuestro tiempo."

turalizado en Inglaterra en 1816, después de rehusar el trono de Grecia *por no ser impuesto por fuerza á un pueblo descontento*, aceptó la corona de Bélgica y ningún reinado ha sido más fecundo en nobles y gloriosas acciones.

En 1856 se verificó en Bruselas una ceremonia sin ejemplo. El pueblo que en 1831 había entregado la corona al rey Leopoldo venía, veinticinco años después, á congratularse de su obra y á expresar su satisfacción por boca del mismo presidente de la asamblea que inauguró la dinastía: "Veinticinco años ha que en este mismo lugar y en este mismo día, el congreso recibió en nombre de la nación, el juramento de Vuestra Majestad de observar la constitución y las leyes del pueblo belga y de mantener la independencia nacional. Los hombres que entonces fueron testigos de ese

solemne compromiso hoy vienen á afirmar en presencia de Dios, que Vuestra Majestad ha cumplido todas sus promesas y sobrepujado todas nuestras esperanzas, y la nación entera viene á asegurarlo con nosotros y á atestiguar que, durante un reinado de veinticinco años, su rey no ha violado una sola de sus leyes, ni menoscabado una sola de sus libertades, ni dada motivo justo de queja á uno solo de nuestros compatriotas.”

Defensor de la independencia y de los derechos de su patria adoptiva, Nestor de los reyes y mediador sagaz entre las potencias, Bélgica guarda religiosamente la memoria del sabio Mentor que guió sus primeros pasos, las naciones de ambos continentes recuerdan con gratitud sus impulsos generosos y sus prudentes esfuerzos por la paz del mundo, y la historia preconiza

el reinado de Leopoldo I como ejemplo de lealtad, de desinterés y patriotismo digno de imitarse en todos los tiempos y por todos los soberanos.